

# Históricas Digital

Carlos Illades, Rafael Mondragón y Francisco Quijano  
“Introducción”

p. 7-24

*En ningún lugar y en todas partes  
Utopía y socialismo, un horizonte compartido*

Carlos Illades, Rafael Mondragón y Francisco Quijano  
(edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

2020

328 p.

Ilustraciones, fotografías

(Ediciones especiales 104)

ISBN 978-607-30-3884-3 (UNAM)

ISBN 978-607-28-1925-2 (UAM)

Formato: PDF

Publicado en línea: 31 de octubre de 2022

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/726/ningun\\_lugar.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/726/ningun_lugar.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Introducción

Carlos Illades  
Rafael Mondragón  
Francisco Quijano

El señalamiento es conocido: los últimos años parecerían estar caracterizados por un cierto desvanecimiento de la capacidad colectiva para imaginar futuros mejores, que sean radicalmente distintos al presente. Pero cuando se trata de definir estos “últimos años” con mayor precisión, o cuando se intenta arribar a un diagnóstico de las razones detrás de dicho desvanecimiento, las respuestas varían: algunos lo relacionan con el conjunto de transformaciones vinculadas con la caída del muro de Berlín en 1989, el desmantelamiento de la Unión Soviética en 1991, la desaparición del llamado “socialismo real” y el triunfo mundial del sentido común neoliberal. Hace no mucho también era común la explicación teleológica que vinculaba el cierre del horizonte socialista con la crisis del proyecto moderno, con sus valores ilustrados, su confianza en el sujeto y su particular manera de entender la política, la emancipación y el progreso...

En una reflexión más anclada en el contexto latinoamericano, el filósofo, teólogo y economista costarricense Franz Hinkelammert escribió en 1990 que el cruento asesinato de Ignacio Ellacuría y siete personas más, ocurrido el 16 de noviembre de 1989 en la Universidad Centroamericana a manos de fuerzas del Estado salvadoreño, marcaba simbólicamente el inicio de una nueva fase del capitalismo, que ya no necesitaba presentar un rostro humano para justificarse a sí mismo, y que en los años sucesivos —predecía Hinkelammert— intentaría construir la sensación de que vivimos en un mundo sin alternativas,

y para ello haría un uso cada vez mayor de la violencia cruenta y ejemplificante.<sup>1</sup>

8 Y antes aún, al iniciar la década de los cincuenta, un Ernst Bloch que había sobrevivido a la experiencia del nazismo proponía que la época actual, abierta por la Segunda Guerra Mundial, podía ser entendida como un tiempo en donde el miedo era construido y alimentado conscientemente como afecto político. Por ello, Bloch proponía, en su obra *El principio esperanza*, oponer al miedo la esperanza, y entendía ésta, en clave ontológica, como capacidad de apertura a la dimensión inacabada del tiempo: función utópica que opera al mismo tiempo en los afectos, las representaciones y el pensamiento abriéndolos al descubrimiento de las posibilidades latentes en cada vivencia y cada momento histórico, así como a las capacidades latentes en cada sujeto humano. Ello querría decir que la utopía no podía reducirse al régimen temporal de la modernidad o al devenir histórico de Occidente, pues se relacionaba con la capacidad de la especie humana para vivir históricamente y construir dicha historia como proyecto compartido.<sup>2</sup>

El llamado de Bloch podría ser interpretado como parte del cierre de un ciclo en Occidente que había sido abierto más de 150 años atrás y que, precisamente, había tenido a la esperanza o, más aún, a la confianza en la transformación del mundo como un motor de la acción del ser humano. Este ciclo, que comprende “el largo siglo XIX” y buena parte del XX, estuvo marcado por la ilusión del progreso como elemento articulador del tiempo histórico. Fue entonces, según Reinhart Koselleck,

<sup>1</sup> Véase Franz Hinkelammert, “La crisis del socialismo y el Tercer Mundo”, en *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión* (Costa Rica, DEI, 1995), pp. 25-37. Este texto fue originalmente leído en el décimo aniversario del asesinato de monseñor Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de El Salvador.

<sup>2</sup> Ernst Bloch, *El principio esperanza*, edición de Francisco Serra, 3 vols. (Madrid, Trotta, 2006).



## INTRODUCCIÓN

cuando la modernidad acabó de irrumpir como nueva temporalidad, caracterizada por un “horizonte de expectativas” que desbordaba por completo la posibilidad de explicar el mundo a partir de la experiencia acumulada.<sup>3</sup> El futuro, como nunca, se presentó como un campo abierto y diametralmente distinto al pasado. Así, la función utópica, que desde el siglo xvi había mostrado su gran potencial para establecer la crítica del presente, se resignificó durante aquel periodo como una herramienta para inventar alternativas de organización del mundo y proyectar futuros realizables.

9

Con lo iluminadora que puede ser dicha interpretación, ella debe ser matizada, pues, como veremos en varios de los capítulos que integran el presente libro, ni la utopía ni el socialismo pueden ser entendidos únicamente como manifestación del horizonte de expectativas moderno: ambos entablan una tensa relación con éste, y en determinados momentos apuntan hacia la construcción de proyectos civilizatorios alternativos al de la modernidad, ya sea elaborando la crítica de la misma, o bien ofreciendo elementos que quieren despojar dicha modernidad de lo que Bolívar Echeverría habría llamado “su hipoteca capitalista”.<sup>4</sup>

Sea como sea, es cierto que la experiencia del nacionalsocialismo fue devastadora con respecto a las expectativas formuladas por la modernidad, como lo fueron también los bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki, la desbordada carrera armamentista, los nuevos regímenes dictatoriales en diversas partes del planeta, y la devastadora destrucción del medio ambiente. Sumado a ello, el fracaso de muchas utopías

<sup>3</sup> Reinhart Koselleck, “‘Espacio de experiencia’ y ‘horizonte de expectativa’, dos categorías históricas”, en R. Koselleck, *Futuro pasado* (Paidós, Barcelona, 1993), pp. 333-358.

<sup>4</sup> Una exposición y actualización de dicha perspectiva puede leerse en Daniel Inclán, Lucía Linsalata y Margara Millán (coords.), *Modernidades alternativas* (México, UNAM, 2017).

10 y la derrota de grandes proyectos revolucionarios provocaron que hacia fines del siglo xx la incertidumbre y el temor ocuparan el lugar que había tenido la esperanza en el momento de imaginar el futuro. Como un efecto de este fenómeno, o quizá como otro de sus motivos, gran parte de los movimientos de izquierda de las últimas décadas se ha replegado a una política de resistencia que a veces pareciera incapacitada para formular proyectos de más largo aliento. Una política que privilegia la acción en el ámbito local, desconfía del Estado y de los líderes, y busca la transformación del mundo fuera de las estructuras de poder.<sup>5</sup> Ella va de la mano de una reconfiguración de nuestro horizonte de temporalidad: como ha dicho Marina Garcés, el eterno presente de la globalización ha sido sustituido por el “no-futuro” del consumo perpetuo, por la necropolítica que se erige como normalidad en tiempos de paz y por un cierto sentimiento de catástrofe inevitable en el orden político, económico y ecológico, que lleva a buena parte de los ciudadanos a imaginar que la única alternativa posible a esa catástrofe es buscar cómo “rescatar” lo más posible del viejo orden...<sup>6</sup>

Rescatar personas, ecosistemas o economías parece ser el único proyecto de izquierda ante un mundo en el cual ha desaparecido la posibilidad de imaginación de futuros colectivos. En ese contexto, las grandes utopías del pasado no son solo

<sup>5</sup> Ya desde la década de 1980 Remo Bodei anticipaba el desplazamiento de la izquierda hacia estas coordenadas, ver “Fenomenología y lógica del proyecto”, en *Sistemas Políticos: Términos conceptuales. Temas del debate italiano* (México, UAM, 1986), pp. 23-63. Recientemente, Nick Srnicek y Alex Williams utilizaron el concepto de “política folk” para caracterizar esta forma que ha adquirido buena parte de la izquierda en las últimas décadas, *Inventar el futuro: Postcapitalismo y un mundo sin trabajo* (Barcelona, Malpaso, 2017). Recogemos esa caracterización, aunque nos mostramos cautelosos respecto del nombre que se le ha dado al concepto, pues éste revela posibles prejuicios de estos dos autores respecto de un conjunto de alternativas políticas de enorme valor.

<sup>6</sup> Véase Marina Garcés, *Nueva Ilustración radical* (Barcelona, Anagrama, 2018).



## INTRODUCCIÓN

vistas como diseños irrealizables sino como propuestas poco atractivas o, incluso, indignas de ser deseadas.

Frente a dicho sentido común puede ser útil la recuperación de la utopía como horizonte desde el cual complejizar la rica tradición del socialismo. La riqueza semántica de la utopía, explorada en los distintos capítulos del presente libro, da cuenta de manera variada de la capacidad humana para abrirse a la historia como proyecto (a la que hemos aludido en los párrafos precedentes). Nos parece que la utopía es fundamental para todo proyecto con vocación de transformación radical del mundo. Así ha sido comprendida en una rica tradición de pensamiento latinoamericano que se ha dedicado a pensar este tema, sea que la entiendan como un género literario y una forma de organizar el discurso sobre el futuro (como Beatriz Pastor); sea que la entiendan como repertorio de metáforas, imágenes y símbolos históricamente situados con los que los seres humanos expresan sus inquietudes y sus deseos no resueltos (como Fernando Aínsa); sea que la entiendan como una estructura de la razón que permite pensar lo inesperado y construir horizontes trascendentales desde los cuales orientar los proyectos (como Franz Hinkelammert); sea que la entiendan, finalmente, como horizonte simbólico que refigura la memoria colectiva y se despliega en los procesos de lucha social y organización popular, sustentando sus demandas y permitiendo la construcción de experiencias comunitarias que prefiguran lo que podría ser la sociedad que se quiere construir (como Alberto Flores Galindo, Silvia Rivera Cusicanqui y Raquel Gutiérrez Aguilar).<sup>7</sup>

11

<sup>7</sup> Véase Beatriz Pastor, *El jardín y el peregrino*, (México, UNAM, 1999); Fernando Aínsa, *De la edad de oro a El Dorado* (México, FCE, 1992); Franz Hinkelammert, *Crítica de la razón utópica* (Bilbao, Desclée de Brouwer, [1984] 2002); Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes* (México, CNCA/Grijalbo, 1988); Zulema Lehm y Silvia Rivera Cusicanqui, *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo* (La Paz, Ediciones del Taller Oral de Historia Andina, 1988); Raquel Gutiérrez Aguilar, *Horizonte comuni-*

12 Fredric Jamenson señala que la utopía devela los límites del presente. De esta manera, su fuerza crítica no reside en los mundos ideales que construye, antes bien el potencial está en vislumbrar opciones en un horizonte en apariencia cerrado. Tal vez las objeciones más poderosas al régimen liberal decimonónico las encontremos en el socialismo romántico que planteó la solución de la cuestión social como la fórmula óptima para darle viabilidad a la república. Y la democracia social como la forma más completa e inclusiva de la democracia. Así lo señalaron Víctor Considerant, Plotino C. Rhodakanaty y Nicolás Pizarro de acuerdo con el espíritu cuarentaiochista que contagiaron Europa a las naciones americanas. Ellos no sólo acertaron en el diagnóstico de su presente, también lo hicieron con respecto del nuestro. La solución de la cuestión social y una democracia sustantiva son reclamos todavía actuales, tan apremiantes como en el pasado. En una de sus magníficas intuiciones, José Revueltas, que poco conocía a estos pensadores, no veía después de 1968 “otro camino que no sea —hoy por hoy— el camino democrático”, pues otro distinto “nos llevaría a un socialismo no democrático, es decir, nos llevaría a traicionar el proyecto socialista”.<sup>8</sup>

El presente libro es un llamado a reflexionar desde esta rica tradición de estudios utópicos latinoamericanos, pero también desde un contexto marcado por la crisis de una izquierda incapaz de imaginar futuros mejores. Nos parece que reunir los conceptos de *utopía* y *socialismo*, e invitar a pensar la relación entre ambos, puede ayudar a enriquecer el debate sobre la historia in-

---

*tario-popular* (Puebla, BUAP, 2015). Sobre algunos de estos pensadores véase la sistematización ofrecida por María del Rayo Ramírez Fierro, *Utopologías desde nuestra América* (Bogotá, Desde Abajo, 2012).

<sup>8</sup> José Revueltas, *México 68: Juventud y revolución*, prólogo de Roberto Escudero, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, 2ª ed. (México, Era, 1979). Obras Completas 15, pp. 172, 162.



## INTRODUCCIÓN

telectual de la izquierda en los tiempos más recientes. También puede ayudar a abrir dicho debate a la dimensión más radical de las ideas y proyectos estudiados, en el sentido de que ellos no sólo buscaban elaborar una crítica de su contexto histórico, sino que también querían señalar las posibilidades que se abrían en dicho momento y prefiguraban un orden social alternativo.

La cercanía entre utopía y socialismo puede ayudar a curar el concepto de utopía de las manipulaciones malintencionadas del mismo por parte de aquellos que, aprovechándose de un conocido texto de Engels, han reducido la utopía a un pensamiento voluntarista, precientífico e incapaz de dar cuenta de las condiciones “objetivas” que presuntamente darían cuenta de la posibilidad del cambio social.<sup>9</sup> Como mostró hace algún tiempo Martin Buber, la conocida fórmula de “socialismo utópico” fue creada en un contexto polémico; su elevación a receta es parte de la dinámica de construcción del llamado “marxismo de manual”, y sirvió para unificar la diversidad de tendencias que eran anteriores al marxismo o que, siendo contemporáneas al mismo, habían llegado a una comprensión distinta (aunque no necesariamente discordante) sobre la naturaleza del cambio social.<sup>10</sup> La dimensión utópica que late en toda la tradición socialista (incluso en el marxismo) sirve para rearticular esta historia en términos más complejos.

13

Para contribuir con este proyecto, apostamos por reunir en un mismo volumen trabajos que, desde perspectivas diversas

<sup>9</sup> Friedrich Engels, “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en *Obras escogidas de Marx y Engels* (Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s.f.), III, pp. 393-450. En nuestro contexto fue fundamental la respuesta a este planteamiento articulada por Adolfo Sánchez Vázquez, “Del socialismo científico al socialismo utópico”, [1970], en *El valor del socialismo* (México, Ítaca, 2000), pp. 21-64. Los diferentes textos publicados por Miguel Abensour desde la década de los setenta jugaron un papel parecido en el contexto francés.

<sup>10</sup> Véase el capítulo I de la conocida obra de Martin Buber, *Caminos de utopía* (México, FCE, 1955).



—filosóficas, históricas, literarias e iconográficas— dan cuenta de la pluralidad de problemas que implica pensar la utopía y el socialismo. Los enfoques adoptados en los once capítulos del libro varían también en cuanto al objeto de estudio. Algunos trabajos observan desde un gran angular fenómenos de larga duración para explicar las transformaciones en la significación de estos conceptos y del contexto en el que han sido utilizados. Otros, en cambio, optan por un enfoque micro, que permite adentrarse a proyectos específicos y, a partir del estudio de caso, mostrar la singularidad de múltiples experiencias utópicas y socialistas a lo largo del tiempo.

14

El primer capítulo, “Utopía y socialismo”, ofrece un amplio análisis de la relación histórica que ha existido entre estos dos conceptos, introduciendo así una serie de problemas que aparecen tratados a lo largo del libro. La revisión del vínculo entre *utopía* y *socialismo* que presenta Juan Pro está enfocada en el ámbito hispanoamericano de los siglos *xix* y *xx* y explora de manera particular dos de sus más comunes asociaciones: socialismo utópico y utopía socialista. La perspectiva diacrónica adoptada por el autor permite observar la emergencia de un vocabulario en el campo de la lengua española. El lector que siga la argumentación de Pro podrá constatar cómo los usos de los dos binomios antedichos transformaron el sentido y el valor de cada uno de los conceptos por separado, lo que permitió, eventualmente, la reivindicación de lo utópico como programa de acción y la concepción del socialismo como la gran utopía que debía llevarse a cabo. Sin embargo, la caída del socialismo real provocó un desencanto por las utopías socialistas. Así, para Pro, hacia fines del siglo *xx* la utopía se convirtió más en un campo de conocimiento que en una herramienta de acción política. El capítulo cierra con un llamado a retomar la dimensión crítica —y satírica— de la utopía para hacer una revisión de la tradición socialista que nos permita recuperar la esperanza.



## INTRODUCCIÓN

En “El regreso de la utopía republicana”, Francisco Quijano aborda el íntimo vínculo que se presentó durante la modernidad temprana entre el republicanismo clásico y el pensamiento utópico. A partir del análisis de algunas manifestaciones históricas de esta relación en América y Europa, se traza el desarrollo de la tradición utópica republicana entre los siglos *xvi* y *xviii*, y su posterior ocaso en el siglo *xix*. La declinación del republicanismo clásico coincidió con el florecimiento del socialismo y el surgimiento de nuevas utopías enmarcadas en esta tradición que perfilaron la imaginación de otros futuros durante el siglo *xix* y buena parte del *xx*. No obstante, Quijano muestra cómo, tras la implantación del sentido común neoliberal y en el marco de la crisis del socialismo, el republicanismo ha regresado como un lenguaje atractivo para formular nuevas utopías.

15

El texto de Álvaro García San Martín, “Francisco Bilbao, editor de Simón Rodríguez”, lleva la discusión explícitamente al territorio latinoamericano. A partir de un trabajo de archivo sobre fuentes inéditas o poco conocidas, el autor reconstruye la red de contactos, proyectos y grupos que permitieron la llegada a Chile de Simón Rodríguez, pensador radical y maestro de primeras letras de Simón Bolívar. El texto documenta las circunstancias de la edición chilena de algunas obras de Rodríguez, así como la discusión de sus ideas en el círculo liberal del joven Francisco Bilbao (posterior inventor del nombre de *América Latina*), y en el círculo de los artesanos radicalizados representados por el tipógrafo Santiago Ramos. La tradición intelectual ligada a Rodríguez tiene un importante componente utópico, pero es anterior a la llegada del socialismo a América Latina. Ella conforma un sustrato importante a partir del cual intelectuales y artesanos discutirán en los años venideros las propuestas del socialismo europeo y vincularán dicho socialismo con la problemática del americanismo, la organización popular, la educación y la “revolución económica” con que Rodríguez es-

peraba dar cumplimiento a la revolución política de Bolívar. Asimismo, el pensamiento de Rodríguez tiene puntos de contacto con las versiones más radicales del republicanismo, por lo que el texto de García puede leerse con provecho junto a las propuestas del capítulo anterior.

16 Miguel Orduña Carson analiza en el capítulo cuarto el Congreso Obrero que se llevó a cabo en la Ciudad de México en 1876, el primero en el país, además del más importante del siglo XIX. Este congreso consolidó un proyecto social de los trabajadores mexicanos que venía fraguándose desde años atrás. El autor concibe al Congreso Obrero como una utopía que buscó transformar la condición de los trabajadores mexicanos, desde la demanda no sólo del incremento salarial y de condiciones laborales justas, sino, sobre todo, del respeto y el reconocimiento de su importancia en la formación y transformación del proyecto nacional. Recuperando las ideas de Axel Honneth, Orduña sostiene que la lucha por el reconocimiento, lejos de ser un elemento banal o secundario, es una precondition de la política necesaria para la transformación social. Asimismo, la lectura de Orduña sobre este congreso muestra cómo existe una cierta afinidad entre las reflexiones de los obreros mexicanos presentadas de manera acabada a finales de siglo XIX, y las ensayadas por los artesanos chilenos algunas décadas antes y estudiadas en el capítulo tercero. En ese sentido, nos parece que estos dos capítulos ofrecen algunos elementos para pensar la problemática intelectual de movimientos que a veces han sido clasificados con demasiada rapidez bajo el rótulo de “socialismo utópico”.

“El comunismo utópico de William Morris según E. P. Thompson” de Alejandro Estrella estudia la relación entre el socialismo marxista y el pensamiento utópico a partir de la lectura que E. P. Thompson realizó del polifacético William Morris. Con ello, el autor nos introduce en dos temporalidades distintas, ambas claves en la historia de esta relación: el último tercio del siglo



## INTRODUCCIÓN

XIX, cuando la distinción entre socialismo científico y socialismo utópico terminó por expulsar la herencia romántica de la ortodoxia marxista; y mediados del siglo XX, cuando la primera gran crisis del socialismo real provocó una ruptura entre los intelectuales comunistas, que llevó a muchos de ellos a buscar un marxismo heterodoxo. Este último proceso es revisado con especial atención por Estrella a partir de los cambios en la lectura que Thompson hizo de Morris. Con ello, el autor nos muestra cómo el historiador británico llega a la idea de un utopismo científico morrisiano que, por su doble carácter, normativo e indicativo, se presentaba como una salida de la crisis del socialismo de su época. Una utopía que apostaba por abrir una alternativa al futuro, transformando el sentido común como parte de una estrategia de educación del deseo.

17

En el capítulo sexto, “El arte de la propia vida. Reflexiones sobre el diálogo entre Max Ramos, Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí en *La Obra* (1917-1919)”, Rafael Mondragón elabora una lectura iconográfica de algunas ilustraciones que el pintor gallego Máximo Ramos publicó en *La Obra*, uno de los periódicos anarquistas más importantes de Argentina. El autor de este capítulo presenta también los textos que los dos editores del periódico prepararon para acompañar estas ilustraciones. A partir de un análisis literario de esos textos, y de una presentación de las relaciones entre textos e imágenes, Mondragón rescata algunas alegorías, metáforas y símbolos que forman parte de la sensibilidad anarquista en la época y a través de las cuales los militantes anarquistas exploraban el sentido de la lucha social, el arte de la vida, la fraternidad, la derrota política y el sentido de la historia humana. El capítulo puede entenderse en el contexto del libro como un diálogo con las reflexiones sobre el romanticismo revolucionario presentadas por Alejandro Estrella en el capítulo anterior, así como con las ideas sobre el “socialismo profético” propuestas por Silvana Rabinovich en el capítulo nueve de este libro.



18

Sebastián Rivera Mir analiza en el capítulo siete los vínculos entre diversos latinoamericanos exiliados en México que buscaron restituir el ideario bolivariano durante las décadas de 1920 y 1930. El estudio, como lo apunta el autor, supera las perspectivas nacionales con las que se suele abordar el problema del exilio, y reconstruye los andares de una pequeña red de exiliados que, desde la antigua residencia del Libertador, plantearon un proyecto de unidad de América Latina. Esta nueva utopía estuvo marcada por el deseo de sus creadores de integrar los diseños de Bolívar con las tradiciones marxistas y socialistas de las que ellos formaban parte. Pese a lograr articular algunas publicaciones, el proyecto llegó a su fin, en parte, como lo explica Rivera, por diferencias personales, pero también por el surgimiento de nuevas formas de nacionalismo en México y América Latina que hicieron indeseable un proyecto de integración. Este capítulo representa un nuevo avance respecto de las formas de articulación entre americanismo, socialismo y utopía presentadas por Álvaro García en un capítulo anterior y cierra el conjunto de textos del libro dedicados a explorar la región latinoamericana.

Andreu Espasa nos lleva con el capítulo “La utopía keynesiana. Planificación económica y debate democrático durante la Gran Depresión” hacia el ambiente político, económico e intelectual de Estados Unidos de la década de 1930. A partir de un análisis del plan de rescate desarrollado por Franklin D. Roosevelt, el autor presenta al keynesianismo como un proyecto práctico y, a la vez, idealista o utópico que ofrecía la posibilidad de controlar los ciclos económicos del capital. Asimismo, Espasa muestra cómo, sin ser anticapitalista, el proyecto keynesiano se acercaba a ciertos postulados socialistas al poner al centro de su agenda una serie de problemas, como la defensa de los trabajadores frente al interés empresarial, la búsqueda de unión de la clase obrera que superara las diferencias étnicas y la justa



## INTRODUCCIÓN

distribución de la riqueza. Otra característica de la utopía del *New Deal* que coincidía con las luchas del movimiento obrero y sindical de la época fue su programa inicial de regeneración del ideal democrático que veía en la excesiva concentración del poder económico uno de sus más importantes obstáculos. El capítulo muestra, finalmente, cómo una serie de fenómenos nacionales (la oposición interna al *New Deal* o los debates sobre los monopolios) e internacionales (el ascenso del fascismo en Europa o la Segunda Guerra Mundial) llevaron a la moderación de ciertos postulados del keynesianismo y, eventualmente, facilitaron la introducción del neoliberalismo.

19

En el capítulo nueve, “Semillas mesiánicas: El socialismo profético de Gustav Landauer y Martin Buber”, Silvana Rabinovich presenta las ideas fundamentales de dos filósofos y luchadores sociales que se alimentaron de la tradición profética resguardada en la Biblia para proponer un pensamiento que recuperara la dimensión radical de la experiencia comunitaria. Buber y Landauer conciben la comunidad como espacio de encuentro en donde se construyen lazos entre individuos, y convierten la experiencia comunitaria en la base de una propuesta de vida colectiva que se organiza en pequeñas células autónomas relacionadas entre sí según el modelo confederado. Las transformaciones radicales son entendidas por ambos autores como manifestación de procesos sociales profundos que forman parte del pasado comunitario. La comunidad permite la construcción de una relación diferente con el tiempo, y dicha relación ayuda a que Buber y Landauer construyan un pensamiento crítico del dogma del progreso y del Estado nacional. Asimismo, estas ideas ayudaron a que Buber elaborara una fuerte crítica del modelo de colonización implantado en Palestina por el Estado de Israel. En el contexto del libro, el capítulo dialoga con los planteamientos de Rafael Mondragón en el capítulo sexto, pero también abre una pregunta sobre la historia de los socia-



lismos no occidentales que será continuada por Daniel Kent en el capítulo siguiente.

20 El capítulo diez, “El socialismo gandhiano: crítica de la modernidad y utopía poscolonial” de Daniel Kent Carrasco, analiza un proyecto utópico resultado de la integración de la *Sarvodaya* y la crítica a la alienación impulsada por la modernidad industrial. Esta última reflexión fue desplegada por el socialismo y llevada a cabo por personajes como Vinoba Bhave y Jayaprakash Narayan. El socialismo gandhiano, explica Kent, buscó así la regeneración de la sociedad basada en el rechazo a los intereses materiales y de poder que caracterizaban el ideal de progreso occidental y su confianza en el Estado. En contraposición, abogaba por un ideal civilizatorio no violento y basado en la acción voluntaria que persiguiera la prosperidad de todos, el cual, para dichos actores, se encontraba intacto en las comunidades rurales de la India. Para Kent, lejos de ser reaccionaria o conservadora —como se ha valorado en distintos momentos al socialismo gandhiano— esta utopía debe ser entendida como un proyecto de reelaboración del socialismo como crítica de la modernidad colonial y poscolonial.

Cierra el volumen “La revolución como utopía” de Carlos Illades. En la historia del pensamiento socialista estos términos suelen estar contrapuestos, sin ser por ello contradictorios. El autor explica cómo el primer socialismo postulaba la regeneración social a ser alcanzada mediante la persuasión y el convencimiento, de una manera gradual antes que rápida y menos aún violenta. Los revolucionarios marxistas, quienes por voz de Engels adjetivaron de utópico aquel socialismo, consideraban ingenuo este proyecto: no habría cambio duradero si la sociedad no se rehacía desde los cimientos. Y eso únicamente sería posible por la acción revolucionaria. Ni qué decir de los anarquistas, quienes pretendían barrer el orden antiguo para, sobre los escombros, construir el nuevo. Hacia finales del siglo XIX se impuso la perspectiva socialdemócrata, la cual ambicionaba



## INTRODUCCIÓN

crear una sociedad mejor dentro de los límites de la existente, rechazando la atropellada tentativa revolucionaria. De esta forma, para Illades, si bien desde una perspectiva asumida como científica, el socialismo finisecular recuperaba los métodos de acción del ancestro romántico. A la vuelta del siglo, la expectativa revolucionaria cobró nuevos vuelos materializándose en el Octubre rojo, que corrió en paralelo con la hegemonía socialdemócrata en la Europa occidental. La implosión socialista avanzado el siglo xx, y la imposición del modelo neoliberal como el sinónimo de lo posible, colocó a la revolución dentro de los desechos de la historia o, cuando más, como parte de la utopía significada como irrealizable. 21

Algunos problemas recorren de forma transversal este libro. Uno de ellos tiene que ver con los tiempos de la utopía. La formulación de las utopías en los trabajos aquí reunidos tiene, en todos los casos, una relación similar con el tiempo histórico. Este vínculo se caracteriza, por un lado, por la insatisfacción con el presente y por la concepción del pasado como una experiencia limitada para transformar ese presente y, por el otro, por un futuro abierto, radicalmente distinto, en donde un mejor mundo es asequible. Pero, simultáneamente, dichas utopías, que en algún momento fueron expectativas, son ahora experiencias acumuladas en el pasado. Experiencias, además, valoradas normalmente como “fracasos”, pues parte de su definición como utopías consiste precisamente en su carácter de irrealizables.

Esta relación entre tiempo y utopía, al ser revisada en los casos expuestos en el presente volumen, muestra su potencial para comprender el pensamiento y las prácticas políticas del pasado, y sus condiciones de posibilidad. Si evitamos una perspectiva teleológica al revisar estos proyectos inalcanzados, si dejamos de pensarlos solo en función de una concepción lineal y progresiva del tiempo, dentro de la que conocemos su desenlace, pueden presentarse entonces como útiles laboratorios



para conocer las ideas, deseos y estrategias de personas insatisfechas con sus circunstancias. Esto nos permite conocer, en un doble movimiento, el sentido común de un momento determinado y la manera en que éste fue desafiado al proyectar, de forma inesperada, futuros alternativos a los previstos.

22 Con ello, se puede revalorar la idea misma de *fracaso*. Los proyectos utópicos analizados en este libro tuvieron siempre, aunque con duración variable, un momento de triunfo, de logros alcanzados. Pero más allá de esto, su función crítica y su capacidad imaginativa desplazaron los límites o transformaron las condiciones de posibilidad que definían lo que podía y debía ser el “óptimo estado” de una sociedad.

El problema de la escala está presente también en el libro. Las diferencias en el enfoque de los distintos capítulos dan cuenta de él. Pero más allá de los objetos de estudio, una serie de preguntas aparece a lo largo de aquéllos, ya sea formuladas por sus autores o por los actores analizados: ¿cuál ha sido o cuál debe ser el lugar de realización de las utopías? ¿Cuál el alcance de la transformación que se desea a partir de ellas?

Son varias las respuestas posibles. La primera es que las utopías deberán permanecer siempre como un “sin lugar”, esto es, que funcionen como ideas regulativas que orienten la acción de los sujetos sociales para transformar el entorno, pero hasta allí. Realizarlas, supondría cerrar el horizonte de expectativa al convertirlo en experiencia vivida, llevándonos hacia una clausura, a una suerte de fin de la historia. Otra respuesta es de índole práctica; consiste en la posibilidad de discernir lo utópico actuante en la historia a partir de las experiencias que a veces se han realizado a pequeña escala, localmente, a la manera del primer socialismo, de los hippies o de las comunidades autogestivas contemporáneas. Aquí la dificultad reside, lo muestran bien las comunidades ideales decimonónicas, en que la lógica capitalista las asedia o mina desde dentro, más en el capitalismo tardío



## INTRODUCCIÓN

que invade todas las esferas de lo humano. A una escala mayor, nacional, el “socialismo en un solo país”, comandado por Stalin, no pudo sustraerse tampoco al influjo capitalista (que acabó con él en la era de la globalización) y devino en una regresión autoritaria. Corrió con mayor éxito la perspectiva reformista de la socialdemocracia occidental, pero, con el debilitamiento de su base obrera, acabó desdibujándose. Las tentativas internaciona- listas, del anarquismo y el comunismo, o movimientos globales como el altermundismo, tampoco lograron cuajar. Sin embargo, esto no niega los éxitos parciales en muchas de estas experien- cias, ni tampoco su potencial subversivo.

23

Como acabamos de ver, las dos problemáticas anteriores, que remiten particularmente a la cuestión utópica, abrieron el campo de reflexión acerca del socialismo. Los estudios aquí reunidos presentan historias que complementan, cuando no desafían, la narrativa dominante sobre esta tradición. Al buscar reconstruir una historia del socialismo más rica y menos teleológica, el libro no se enfoca principalmente en la experiencia del llamado so- cialismo real, sino en expresiones consideradas como utopías. Estas, por su parte, no se reducen a los episodios más conocidos del socialismo utópico, vistos normalmente como un cándido antecedente del socialismo científico (Robert Owen, Henri de Saint-Simon y Charles Fourier). Se trata, en cambio, de diver- sos proyectos o movimientos anteriores, paralelos o posteriores al socialismo real, que compartieron premisas e intereses con aquél, pero que al estar fuera de su teleología han sido conside- radas como versiones inacabadas, desviadas o conservadoras. Al dar cuenta de estos proyectos marginados de la gran historia del socialismo —a los que se podrían agregar muchos otros—<sup>11</sup> este

<sup>11</sup> Entre los proyectos y movimiento que no aparecen en el libro, pero que podrían incluirse también entre las expresiones utópicas y marginales de la historia del socialismo, destacan algunas manifestaciones del feminismo, del comunitarismo indígena o del altermundismo.



libro permite repensar la tradición concebida bajo dicho concepto y revalorar su lugar en el presente. Ya no a partir del fracaso de una u otra de sus manifestaciones históricas, sino desde el potencial que el socialismo tuvo y que aún tiene para imaginar futuros alternativos y transformar al mundo antes de que acabemos con él.